

men que aquí hemos esbozado. Dicen que una buena reseña debe ser un buen aperitivo. Invitamos al lector a que compruebe por sí mismo si tiene sentido o carece del

más mínimo ídem decir que *así termina la democracia*.

Ignacio ÁLVAREZ RODRÍGUEZ  
Dpto. Derecho Constitucional  
Facultad de Derecho. UCM

Ross DOUTHAT, *La sociedad decadente. Cómo nos hemos convertido en víctimas de nuestro propio éxito*, Barcelona, Ariel, 2021, 336 pp. <https://dx.doi.org/10.5209/foro.77705>.

El que fuera director de la prestigiosa publicación *The Atlantic*, hoy uno de los columnistas estrella del *New York Times* junto a David Brooks, ha publicado un libro que explora con pulso firme y decisión las causas de la(s) crisis que vive el sistema demoliberal en su conjunto, aunque el ensayo se centra fundamentalmente en los Estados Unidos de América y en cuáles podrían ser los remedios o, incluso, las alternativas proyectadas a tan funesto paisaje. Es un libro que de alguna manera sigue una línea de continuidad en una serie de ensayos e investigaciones que han llegado en los últimos años, normalmente de impronta anglosajona, y que se interrogan, en esencia, por la misma pregunta: ¿han llegado a su fin las democracias constitucionales tal y como las conocemos desde finales de la Segunda Guerra Mundial? De ser así, ¿existen alternativas a dicho modelo? ¿China en un futuro muy cercano? ¿Quizá África en un futuro 2100, en eso que el propio autor llama «Euráfrica»?

Después de una introducción bajo el título «El cierre de la frontera» (el autor escribe en la era Trump y en contra de buena parte de los gestos —que no políticas reales, porque apenas hubo— de Trump), dedica especial atención a diagnosticar cuáles son los males que nos aquejan. La primera parte del libro se dedica a esbozar el esquema de las principales causas que están minando los sistemas democrático-constitucionales occidentales. Bajo la rúbrica «Los cuatro jinetes», nuestro autor habla de otros tantos grandes vectores que deberían ocupar nuestras reflexiones, al menos han ocupado las suyas, con resultados claros, aunque sospechamos que no tan poco halagüeños como parece decantar su tesis central. Estos cuatro jinetes son el estancamiento, la esterilidad, la esclerosis y la repetición. A desbrozar minuciosamente qué significa cada uno de ellos dedica algo más de la mitad de la obra.

Así, la primera parte comienza con lo que denomina «Estan-

camiento», y mediante un análisis de diferentes hechos que han tenido lugar en la sociedad, la economía y la política norteamericana, el autor entiende que existen diferentes síntomas que traducen varios datos apuntando en la misma línea: aunque el dinamismo económico de Estados Unidos está fuera de toda duda, no se antoja especialmente alto respecto a Europa. Según sus palabras: «sigue habiendo más dinamismo económico en Estados Unidos [...] pero no tanto como se deduciría de los clichés de la excepcionalidad americana» (p. 42). Al final, tanto unos como otros hemos acabado por padecer crisis políticas muy similares en los últimos lustros: oleadas populistas, revueltas derechistas contra las élites y la inmigración, y el resurgimiento de cierto tipo de socialismo desde la izquierda. Vuelve el autor a dejarlo claro: «A pesar de las muchas diferencias transatlánticas, nuestra experiencia económica es esencialmente la misma: estancamiento persistente, decepción crónica y una creciente desavenencia entre la promesa del progreso y una realidad en la que todo parece —sorprendentemente, tristemente— seguir igual» (p. 45). El autor maneja los estudios de Cowen y de Gordon para explicar por qué vivimos esa decadencia estructural, en ese lento letargo donde las cosas no se hundan, pero tampoco

tienen una perspectiva de mejora. Las «cinco fuerzas estructurales» que hacen poco probable que se recupere los índices de crecimiento que existían antes del inicio del fin (antes de la década de los setenta) son, a su juicio, el peso demográfico de una población envejecida, el exceso de endeudamiento, las restricciones a la educación, los impedimentos derivados del medio ambiente y el estancamiento tecnológico, esto último tanto más contra intuitiva por cuanto nuestra sociedad demuestra unas mañas obsesivas con eso de la «tecnología» y la «innovación» (p. 55).

Un párrafo que ilustra la tesis de fondo del autor llega al argumentar (y disculpe el lector la larga cita) en estos términos: «Cuando nos paramos a pensar en lo mucho que ha cambiado el mundo entre 1850 y 1970, o entre 1900 y 1950, o incluso entre la división del átomo y la llegada a la Luna, se entiende por qué había tantos observadores en los inicios y a mediados del siglo xx que esperaban unos progresos que ahora se nos antojan inverosímiles por utópicos: la semana laboral de quince horas de John Maynard Keynes, que el economista británico supuso que bastarían para el *primer Adán* que habitaba en cada uno de nosotros una vez que llegara la Nueva Jerusalén de la abundancia, o la visión del economista francés Jean-

Jacques Servan-Schreiber [...] que predijo que el crecimiento de Estados Unidos sería tan extraordinario que el año estaría compuesto por 39 semanas laborales y 13 semanas de vacaciones» (p. 62).

El siguiente *jinete* es el de la esterilidad. Aquí el Douthat crítico de cine (escribe sobre el séptimo arte en *National Review*) se eleva para desarrollar su argumento en torno a dos libros luego transformados en serie y película respectivamente: *El cuento de la criada*, de Margaret Atwood, e *Hijos de (los) hombres*, de P. D. James. Ambas son distopías que manejan como elemento central de sus tramas la crisis de fertilidad de las sociedades que barruntan. A partir de estos dos ejemplos, Ross Douthat realiza un concienzudo repaso por las principales tasas de nacimiento de bebés en diversos países occidentales para llegar a la conclusión de que: «Exceptuando Israel, no hay ningún país rico en el mundo cuya población, a falta de inmigración, no vaya camino de contraer-

se» (p. 73). Lógicamente, las consecuencias que deduce el autor tienen fiel reflejo en el espectro económico, en el marco de una sociedad que deviene menos dinámica y más estratificada, una sociedad que tendrá que mantener una seria conversación sobre la (tercera) edad que tendrán las personas que vivan en ellas, puesto que las generaciones venideras no parecen tan dispuestas a cuidar de personas que antes, gracias a los lazos familiares que se tejían, ayudaban a que sus mayores vivieran mejor y más, ejemplo que ilustra con su propio abuelo (hasta los noventa y cuatro años duró el buen hombre) (pp. 85 y 86)<sup>1</sup>.

El tercer *jinete* es la esclerosis. Ross Douthat realiza aquí el análisis de la mano de la llegada de Obama a la Casa Blanca en 2009, puesto que entiende que esa es la mejor manera de ilustrar, a modo de paradigma, que de la ilusión, cierta euforia y un programa que parecía ambicioso se pasó a una realidad de gestión, casi inane y por ende esclerótica, que, sin arrojar un

---

<sup>1</sup> Esta tesis se ilustra a la perfección en el famosísimo caso del pueblo de Roseto, en Estados Unidos, cuando diversos expertos no conseguían explicarse por qué esos italianos de tres generaciones que habían migrado masivamente a un pueblecito norteamericano presentaban tasas de enfermedades cardiovasculares bastante por debajo de la media. La única explicación plausible que se encontró fue que tejieron una comunidad donde no se aislaban en soledad (la soledad genera estrés y el estrés acumulado genera diversas patologías cardiovasculares), sino donde unos se preocupaban por otros, apoyándose y cuidándose mutua y recíprocamente en todos los lances de la vida (cuando eso de «los cuidados» no estaba de moda y nadie lo politizaba, mucho menos en Roseto, porque era algo obvio para sus habitantes, no algo con lo que generar conflicto y división). Explica muy bien el asunto M. GLADWELL, *Fuera de serie*, Barcelona, Debolsillo, 2011.

saldo de grandes desastres, condujo a que la previsión del Gobierno errara con más frecuencia que en el pasado, con una política de parches aquí y allá que ha podido hacer que parte de los juristas que han opinado sobre el asunto hablen de derivas posconstitucionales en Estados Unidos, deriva liderada en ocasiones por el propio Ejecutivo (pp. 101 y ss.). Que la polarización no trae sino el espejo del propio fracaso de republicanos y demócratas, y que precisamente ambos partidos han llevado al sistema constitucional norteamericano a una deriva que la presidencia de Donald Trump —«ese tirano de Twitter» (p. 112)— no ha hecho sino ahondar y, quizá, consolidar. El autor también dedica amplios esfuerzos a documentar tendencias muy similares a las de Estados Unidos en Europa, para acabar reflexionando sobre las posibilidades de superarlas. El autor entiende que el Japón de Shinzo Abe desde 2012 podría ser un espejo en el que mirarse, puesto que Japón anticipó desde los años noventa del pasado siglo ese estancamiento y decadencia que ha llegado para quedarse entre nosotros y, en ese sentido, quizá la mezcla de dosis controladas de populismo y nacionalismo haya marcado la pauta, o cuando menos una pauta, para poder combatir tan decadentes sociedades. No obstante, el propio Douthat tam-

co esconde que «oponer resistencia a algunos signos de decadencia política también da fe de los límites que impone la decadencia incluso a los estadistas más vigorosos» (pp. 120 y 121). Dicho con otras palabras, no hay bálsamo de fierabrás ni panacea que sirva para atacar causas estructurales mediante remedios coyunturales.

El cuarto *jinete* es la repetición, y para ilustrar las tesis que le merece, el escritor norteamericano vuelve a recurrir al celuloide, tanto a la saga de *Star Wars* como a la de *Regreso al futuro*. El autor realiza un repaso por las principales pautas culturales y manifestaciones artísticas que observa en nuestras sociedades, y la consecuencia que extrae es siempre la misma. Lo diremos de nuevo con sus palabras: «La economía del negocio depende cada día más del constante reciclaje de famosos éxitos que nacieron como formas de entretenimiento del mercado de masas entre los años treinta y setenta» (p. 128). E incluso aquellos creativos están emparentados con la famosa *generación boomer* y, por tanto, hablan directa o indirectamente, quiéranlo o no, de una sociedad de antes en la sociedad del hoy y, por ende, la palabra que sigue valiendo para describir esto es «decadencia», que engloba a su vez sentimientos de frustración, futilidad, repetición, descomposición o de corrupción. Aquí el

aserto descriptivo llega de la mano del lamento de un personaje de ficción muy conocido, Tony Soprano, cuando dice aquello de: «Es bueno estar en algo desde el principio. Y yo he llegado tarde a todo, lo sé. Además, últimamente tengo la sensación de que llego al final, cuando lo mejor se ha acabado» (p. 131). A través de este parlamento Douthat nos viene a decir que personajes de ficción como Walter White, el anti-héroe magistralmente interpretado por Bryan Cranston en *Breaking Bad*, calan tanto en nosotros porque son fiel reflejo de la desesperación decadente que asola nuestras vidas<sup>2</sup>. No sabemos quizá qué nos pasa y cómo nos pasa, pero sabemos que nos están pasando cosas y nada buenas, que no están funcionando, cosas ante las que nos desespera no tener una solución o al menos una respuesta. Sin rumbo, sin proyecto, sin horizonte halagüeño a la vista.

La misma lógica se refleja en los ejemplos que pone con asuntos que tocan el Derecho constitucional del siglo XXI. Verbigracia, sirva este párrafo de modelo: «Las similitudes entre la lucha por la ratificación de Clarence Thomas para la Corte Suprema en 1991 y la de

Brett Kavanaugh en 2018, entre el actual momento del Black Lives Matter y los debates de la época de O. J. Simpson —y Rodney King— sobre brutalidad policial a mediados de los noventa, entre los debates sobre el aborto en los noventa y el debate sobre el aborto de hoy en día, e incluso entre los escándalos sexuales de Donald Trump y los escándalos sexuales de Bill Clinton [...] no son fruto de la casualidad. Reflejan lo que Barzun define como los constantes *puntos muertos de nuestro tiempo*: las persistentes controversias que esperan a que trascienda o se resuelva algún nuevo designio» (p. 137).

Con base en la idea de que quizá Google nos está volviendo aburridos, Ross Douthat cree que las diferentes tecnologías que ahora copan los medios audiovisuales, las grandes empresas dominando exponencialmente todos y cada uno de los sectores culturales, acaban por generar y producir artefactos culturales cada vez menos sugerentes y más previsibles. Más decadentes. Apoyándose en el criterio de la *antinomía dialéctica* de Robert Nisbet (para crear de veras es necesario que el creador forme parte de una comunidad que tenga ciertas

---

<sup>2</sup> Para quienes nos dedicamos profesionalmente con mejor o peor fortuna al mundo del Derecho, es altamente recomendable la serie *Your Honor*, protagonizada por dicho actor, donde se manejan diversos dilemas en forma de capas cuando un juez en ejercicio, querido y respetado por la comunidad, se ve ante una tesitura vital de gestión más que complicada, por decirlo de alguna manera que no destripe la trama y la tensión que genera.

dialécticas entre valores, para que pueda desafiar *algo*), nuestro autor consigue sintetizar en un párrafo lo que debería ser y lo que realmente es el *predio cultural* de nuestros días. Lo hace así: «La cultura vital critica su propia tradición; la cultura decadente se limita a repetir la crítica en voz más alta o más crudamente o de forma más tediosa. La cultura vital hace bricolaje a partir de los relatos clásicos; la cultura decadente rehace el bricolaje con un reparto ligeramente distinto y unos cuantos redobles en el argumento, cambiándolos de sitio. La cultura vital crea seguidores desde cero; la cultura decadente se pone al servicio de sus seguidores. La cultura vital es un taller; la cultura decadente es un museo» (p. 151).

La segunda parte del libro se dedica a argumentar esa «Decadencia sostenible» y goza de partes realmente meritorias, siguiendo el tono general del libro, ensayístico con argumentos y no un apotegma apodíctico detrás de otro, que es el lugar donde en ocasiones embarrancan algunos libros del género. La sección dedicada a lo que Ross Douthat denomina «Cómodamente impasibles» ilustra que nuestras sociedades se encuentran anestesiadas, como narcotizadas, pero a la vez también están viendo algunas tendencias que se contrarrestan con otras, con fenómenos tan modernos y tan poco modernos a la

vez como la pornografía, una suerte de combate cultural e ideológico que nos acompaña desde los ochenta o noventa del siglo pasado y que hoy en día puede estar ayudando no a llevar a cabo ciertas conductas en la vida real, sino precisamente a inhibirlas (p. 162). Aquí el autor aprovecha imbricando estas y otras tendencias (uso masivo de videojuegos, Internet, lo que llama, en suma, «la seguridad de lo virtual») para realizar algunas reflexiones de enjundia sobre los efectos que tiene en la juventud. Su línea de reflexión central es la siguiente: «Es probable que en general el entretenimiento electrónico y la comunicación virtual hayan venido a sustituir a las conductas reales que conducían a los adolescentes de antaño al peligro y a la tentación». Y continúa: «En la vida real no implica que los jóvenes sean más felices [...] abundan los indicios de que los adolescentes de la era digital son más propensos a la depresión que los adolescentes de un pasado más arriesgado. Pero su infelicidad es una forma de anomia, no un incentivo para portarse mal» (p. 164).

El análisis se lleva a otros ámbitos, pero la conclusión es la misma. El autor reitera que la decadencia es algo con lo que no estamos del todo incómodos. Otra frase donde lo explica tan bien que no podemos sino ir a sus palabras: «Un joven en el paro con una videocon-

sola está más ocupado, más entretenido, más reconciliado con la situación, y tiene menos probabilidades de causarle problemas a una sociedad estancada que no puede ofrecerle un trabajo remunerado. Cosa que, por otra parte, hace que el propio estancamiento sea más sostenible, porque la decepción no quema tanto y las ansias de rebelión se distraen pegando tiros a los marcianos» (p. 166). Lo mismo puede decirse, o dice el autor, respecto a las drogas que se consumen con y sin prescripción médica, donde las personas buscan anestesiarse y, sí, quizá ello haga más violenta a una minoría, pero tranquiliza a una mayoría. En ese y no en otro contexto donde hay que enmarcar la adicción a los opiáceos, una auténtica plaga destructiva en Estados Unidos (pp. 168 y 169).

El autor acepta que puede estar equivocado y que quizá algunos de los síntomas más preocupantes puedan conducir, en las menos equivocadas con la mayor de las energías (mucho que ganar y poco que perder), en el principio del fin. Pero lo duda muy sinceramente. Cuando acude a esos presuntamente enconados debates hiperpolarizados en redes sociales lo que Ross Douthat tiene claro es que los dramas y las tragedias en redes solo son una producción teatral, una farsa y una pantomima (p. 173). De nuevo con sus palabras: «El moti-

vo de que los chicos de *Antifa* sean partidarios de las máscaras es que una cantidad enorme de ellos están simulando su revolución y no quieren sacrificar sus nombres y rostros por algo que en esencia no es más que un juego» (p. 176).

El escritor realiza una sugerente comparativa para documentar sus tesis trayendo al ensayo desde hechos que acaecieron en los años noventa del siglo pasado hasta algunos que han sucedido en épocas bien cercanas, ciertamente de rabiosa actualidad. Fijemos nuestra atención en este párrafo: «Incluso cuando la antigua Yugoslavia se hundía en la guerra civil en los años noventa, a las distintas facciones en liza les costaba encontrar soldados para luchar en batallas auténticas, hasta el punto de que los nacionalistas serbios acabaron por apoyarse en hinchas radicales del fútbol y convictos» (p. 178). Esto es, dicho con otras palabras, que muchos de los miedos que sentimos cuando vemos cómo «arden las redes» se disipan rápidamente cuando salimos a la calle y no vemos fuego por ningún lado. Ross Douthat aprovecha para insistir en la idea central: «Podría ser que la naturaleza de nuestra decadencia, la senectud de nuestra civilización, haga improbable esa hipótesis —que alguna clase de aluvión político-cultural arrastre a nuestra sociedad a un conflicto civil— y que nuestro problema

sea de distinta índole: que nuestras batallas sean ruido y furia que signifiquen relativamente poco, que por mucho que el territorio virtual las haga más feroces, también las hace más performativas y vacías, y que la ira por internet no es más que una válvula de seguridad, una tecnología que emite vapor para una sociedad que está mal gobernada, que está estancada y que, sin embargo, al final, es mucho más estable de lo que parece en Twitter» (p. 179). Siguiendo las tesis de Baudrillard, Ross Douthat al final ve que el argumento del sedicente intelectual francés (la realidad simulada como experiencia que va unida por defecto a la contemporaneidad, haciendo bueno el reciclaje) se cumple a pies juntillas, en contra del pregonado fin de la historia por Fukuyama (p. 179).

Uno de los momentos estelares del libro llega cuando el autor hace suyo el concepto de «Estado policial rosa», proveniente del filósofo James Poulos, que lo acuñó al hilo de un famoso videoclip de Marilyn Manson donde se podían ver a cuerpos policiales de antidisturbios vestidos de rosa. Una suerte de nuevo estado (de mente también) donde se diluye la separación de lo público/privado y se reemplaza por una concepción binaria de salud/enfermedad y seguridad/peligro. La histeria que se percibe como trasfondo de algunos actos cancelados

en los campus universitarios, entre otras cosas que vienen de la Universidad de aquellos pagos, descubren la verdad desnuda y cruda de la necesidad comercial: prometer a los padres, que son quienes pagan, supervisión, seguridad y un entorno bueno para sus hijos, mientras que a esos hijos les garantizan que durante cuatro años vivirán unas «vacaciones tanto de las normas de la infancia como de las responsabilidades de la edad adulta, en las que se suponía que con la matrícula iba incluido el libertinaje» (p. 187). La llamada burocracia sexual en tales campus (concepto acuñado por dos juristas, Suk y Gersen, que alude a la hiperreglamentación de las relaciones sexuales entre los jóvenes) es uno de los últimos pasos que se han dado en esa dirección rosa. Así, el autor puede afirmar, con un razonamiento que aquí apoyamos sin fisuras, que «no hay nada en el mundo que aguarde a la salida de la facultad que se parezca remotamente a este sistema» (p. 189). Otra frase brillante que sintetiza esta parte de su pensamiento: «El sueño de Michael Bloomberg de un Nueva York depurado de refrescos azucarados XL, de cigarrillos por unidades y de armas cortas, en el que las cámaras de tráfico y los omnipresentes policías que te paran para cachearte en Brooklyn un lugar seguro para ir de *brunch* o para los antros de *bondage* de diseño, es el



estado policial rosa aplicado a la política municipal» (p. 189).

Uno de los apartados que integran esta parte, titulado «Esperando a los bárbaros», es uno de los momentos donde el libro coge altura y se hace mucho más que entretenido, nutritivo intelectualmente y provechoso. Douthat desarrolla la tesis que viene defendiendo con referencias al Houellebecq de *Sumisión* y, de nuevo, al *Cuento de la Criada*, pasando por *Charlie Hebdo*, todo ello estructurado en torno al famosísimo poema de Cavafis del mismo título. Lo que nos viene a decir el escritor es que eso de la crisis del sistema demoliberal constitucional es un argumento de trazo demasiado grueso, dado que no se atisban modelos alternativos reales. De ahí que podamos colegir que una cosa es que algunas cosas funcionen mal, otras que funcionen a medio gas, pero dentro de un marco estable y seguro por más «decadente» que podamos decir que es. Con sus propias palabras: «Hoy en día ningún observador occidental visita Teherán o Riad para regresar proclamando que ha visto el futuro inevitable» (p. 211). Continúa nuestro autor arguyendo que: «Los alarmistas que predicen el inminente hundimiento de Occidente a manos de un sucesor islámico a menudo admiten que, en efecto, los países islámicos no son poderosos ni gozan de una prepon-

derancia geopolítica, pero eso no importa, porque los musulmanes en Europa están teniendo hijos y los no musulmanes no, de manera que por simple impulso demográfico la media luna islámica acabará por gobernar el Reino Unido y Alemania y Francia» (p. 212).

Ross Douthat analiza las presuntas alternativas como «potenciales rivales», con mesura y dialogando con diversas fuentes. En primer término, destaca el problema ideológico: nadie ve en la Rusia de Putin o en Irán o en Arabia Saudí una alternativa de fuste. En las llamadas democracias *iliberales* (Polonia, Hungría, Turquía) lo que hay «es una versión más nacionalista, conservadora o degradada de lo que existe en los países occidentales al uso, una variedad de decadencia más bien» (p. 215). Los gobiernos unipartidistas durante décadas de países como México, Corea del Sur o Japón «retuercen normas para perpetuarse en el poder» y nadie pensaba en aquellos tiempos, mediados y finales del siglo XX, que representarían desafío alguno a la democracia liberal (p. 215).

El autor dedica algunas líneas a analizar el caso de China porque, a su juicio, es un caso peculiar y particular. Aunque observa problemas muy parecidos en el país asiático, cuanto menos larvados —una sociedad estancada, esclerótica y envejecida—, el autor une su reflexión

a la reflexión que le suscitan países como India (inesperada desaceleración) o Brasil («el país del futuro y siempre lo será», p. 219). China podría ser una excepción porque sus tasas de crecimiento son extraordinarias, aunque nunca del todo fiables, lo que razona junto a Thiel, quien defiende que China en realidad crece a ritmo tan veloz porque parte de una base muy baja (p. 221). El propio autor remata su argumentación con una frase brillante y lapidaria a partes iguales: «Una China poderosa no es lo mismo que una China hegemónica o una China que se perciba como un modelo cultural o político para el mundo» (p. 222).

El autor recuerda que al orden occidental sigue dándosele muy bien debilitar a los potenciales rivales por medio de la captación. Al hilo del libro de Michael Young, donde este expuso, en clave de ficción, la importancia de la meritocracia, Douthat trae la premisa a nuestros sistemas jurídico-políticos, explicando que la meritocracia nunca será derrocada porque se apropia precisamente de la clase de personas que podrían provocar dicho derrocamiento (p. 223). ¿Existen perturbaciones o males graves serios? Sí, esa es la respuesta. Ahora bien, ¿se puede hablar de transformaciones? No exactamente. El *Brexit* o Donald Trump, por traer dos ejemplos que pone el

autor, no son la llegada de Lenin a la estación de Finlandia o la marcha sobre Roma de Mussolini (p. 226). Otro tanto le resulta al autor cuando trae el cambio climático a colación. Como nuestro autor dice —y creo que dice muy bien— «uno se puede imaginar un futuro moldeado por el cambio climático que sea igual que el presente, pero más acentuado» (p. 228).

No menos original y razonada es la tesis que desarrolla en el apartado titulado «Darle a la decadencia su merecido reconocimiento». El autor sigue haciendo bueno el argumento de que el mundo está cambiando bastante menos de lo que creemos. O con palabras renovadas del mismo Douthat: ¿no deberíamos estar deseosos de que el orden actual se mantuviera, sea o no decadente? El autor parte de la base de que «una paz general y una relativa estabilidad no son bienes supremos, pero siguen siendo importantes y quienes los desprecian se descubren severamente castigados cuando consiguen ese mundo más dinámico que ansiaban» (p. 232). Bellas y certeras palabras las del escritor, en las que profundiza sin nostalgia ni desmayo («preferir provisionalmente sus frustraciones y puntos muertos antes que muchas de las posibles alternativas», p. 233). De hecho, el nivel del autor se eleva en estos párrafos cuando dice cosas tan suculen-

tas como esta: «No siempre es fácil, pero los seres humanos pueden seguir viviendo con vigor rodeados de un estancamiento general, prosperar rodeados de esterilidad, ser creativos envueltos en la repetición y construir vidas humanas buenas y completas que ofrezcan, en un microcosmos, un contrapunto y un desafío al macrocosmos decadente [...] en condiciones de decadencia, siempre sigue siendo posible imaginar y trabajar por la renovación y el renacimiento. No siempre es así, por decirlo suave, cuando confías en una revolución o precipitas una crisis o abres las puertas a los bárbaros de fuera o de dentro» (p. 233). O sea, que el auténtico peligro no reside en la decadencia, sino en lo que Douthat denomina de forma indulgente «el dinamismo» y que fue, curiosamente, lo que estuvo a punto de destruir el mundo en 1962 (y luego otras tantas veces más).

En esta parte Ross Douthat aprieta el acelerador haciendo gala de lo que podríamos llamar un alegre conservadurismo optimista. Para él no debería preocuparnos mucho el estancamiento o la decadencia, porque esto nos evita toda clase de riesgos: los robots no nos matarán, ni siquiera nos quitarán el trabajo; habrá menos fanatismo y menos fanáticos; la bomba poblacional se estancará; una economía estancada limitará emisiones

de carbono y así el cambio climático no nos devorará. En este marco, nuestra principal tarea será sacarle el mayor provecho al estancamiento próspero (p. 235). Nos daremos cuenta, en otras palabras, de que estamos ante distintas formas de nostalgia, que se pueden gestionar, pero nunca satisfacer (p. 236). No, no estamos viviendo ni en trance de vivir una distopía. Ross Douthat también aporta alguna razón al respecto: «Las verdaderas distopías se distinguen en parte por el hecho de que la mayoría de la gente no se percata de que las está viviendo, porque los seres humanos son lo suficientemente adaptables como para dar por buenas hasta las premisas más absurdas e inhumanas» (p. 239). Que no es necesario que la decadencia dé paso al colapso para poder escapar de ella, de que se puede trascender, de que podemos renacer sin que sobrevenga una época tenebrosa. Además, nos recuerda Ross Douthat, tampoco hay que hacer mucho caso a los predicadores del apocalipsis a través de la crítica de la civilización, dado que, al fin y al cabo, la época tenebrosa llegará si tiene que llegar, la acojan aquellos con los brazos abiertos o no.

La tercera parte de libro se dedica a «Las muertes de la decadencia». También se divide esta en tres partes, tituladas respectivamente *Catástrofe*, *Renacimiento* y *Provi-*

dencia. En ellas el autor acaba de abrochar las ideas que ha ido diseminando a lo largo y ancho del trabajo. Lo que Douthat quiere dejar claro es que tanto lo bueno como lo malo anidan en nuestros sistemas y que lo mismo que nos puede condenar nos puede permitir seguir con vida. Queda claro que la inmigración es un motor de producción, es un fenómeno masivo que ha ayudado a los países occidentales, e igual de verdad es afirmar que al «quitarles» a sus nacionales, los países de origen mejoran y empeoran a la vez (en diferentes escalas y medidas). El caso más atípico que Ross Douthat acaba analizando es el de África, que él llega a manejar en torno al concepto de *Euráfrica*, como una suerte de nación de naciones en un mundo donde habrá siete africanos por cada europeo, según unas estadísticas oficiales que pergeñan una posible alternativa a la modernidad contemporánea. Sucede que el autor, aquí como el mejor (o peor) Harari, cifra tal posibilidad... en el año 2100 (pp. 256 y ss). De nuevo el crítico de cine hace acto de aparición cuando ejemplifica tal extremo, con todas las reservas que le causa un *blockbuster made in Hollywood*, con una película como *Black Panther* y ese mundo imaginario de Wakanda, que a lo mejor no es tan ficticio en el mundo que habitarán nuestros nietos y/o bisnietos (pp. 268 y ss). No deja

de resultar muy curioso que ese mundo, tan avanzado tecnológicamente, tiene una política y una cultura de regreso al futuro neomedieval, «orgullosamente iliberales», porque glorifican lo que es una monarquía con tintes teocráticos (p. 269).

Ross Douthat vuelve a ponernos los pies en la tierra. Entiende que resulta más sencillo ver cómo se declara la crisis del orden democrático liberal que discernir realmente alternativas viables al liberalismo o a la democracia o al capitalismo. Una cosa es cambiar el mundo desde blogs, libros y tuits, y otra articular cambios reales en las estructuras de las democracias occidentales. De la mano de las tesis que expone Patrick Deneen, Douthat cree que la esclerosis que atenaza a las instituciones del mundo desarrollado pasa por intentar refundir comunidades virtuosas a una escala más humana y orgánica (p. 275). Los modelos de sitios como Utah o Singapur podrían servir de referencia, al igual que Israel, ejemplo a seguir para el autor. El clima intelectual se articula en torno a la Declaración de París de 2016, donde prima un retorno al componente nacionalista alejado de «falsos» cosmopolitismos que permita reverdecir de veras las democracias occidentales (sobre todo europeas). Este modelo goza de sus intelectuales de referencia, claro está, liderados, además de

por Deenan, por Yoram Hazony<sup>3</sup>. Desde el espectro ideológico escorado a la izquierda tendríamos un redoble de esfuerzos internacionistas por combatir el capitalismo (o por hacerlo más humano), no tanto retornar a mitos nacionalistas liderados por intelectuales como Yanis Varoufakis en torno al Movimiento Democracia en Europa 2025, globalistas y ecosostenibles (pp. 281 y ss.).

Nuestro autor también analiza las posibles alternativas religiosas o paganas, con *Islams occidentales* o *Chinas cristianas*, inclusive. Plantea hipótesis, dialoga con ellas, pero en

ningún momento parece mostrarse proclive a ningún fervor revolucionario, ni tan siquiera de cambios estructurales desde la base. Al fin y al cabo, lo auténticamente relevante lo deja muy claro el propio Ross Douthat cuando reconoce que «sería un mal cristiano si no concluyera señalando que ninguna civilización —ni la nuestra ni ninguna— ha prosperado sin confiar en que en la humanidad hay algo más que el simple mundo material tal y como lo entendemos» (p. 302).

Ignacio ÁLVAREZ RODRÍGUEZ  
Dpto. Derecho Constitucional  
Facultad de Derecho. UCM

Ana Gemma LÓPEZ MARTÍN y Carmen OTERO GARCÍA-CASTRILLÓN (dirs.), *Las minorías en el contexto actual*, Madrid, Dykinson, 2020, 272 pp. <https://dx.doi.org/10.5209/foro.77706>.

La globalización ha puesto en entredicho varios de los paradigmas que regían la comunidad internacional y ha acrecentado ciertos desafíos que ya venían condicionando su propio devenir. La obra *Las minorías en el contexto actual*, dirigida por las profesoras del Departamento de Derecho Internacional, Eclesiástico y Filosofía del Derecho de la Universidad Complutense de Madrid, Ana Gemma López Martín y Carmen Otero García-Castrillón, centra su objetivo en comprender la

problemática de las minorías desde perspectivas diversas «en el contexto de un mundo en rápida evolución», tal y como nos indica la profesora Carmen Otero en su prólogo. Y es que la riqueza de este libro reside en lo variado de las disciplinas desde las que se aborda su tema central, lo que no hace más que resaltar su complejidad e interés.

La profesora Ana Gemma López Martín inaugura la obra ahondando en la regulación jurídica internacional de las minorías: desde su falta de

<sup>3</sup> Vid. P. DEENAN, *¿Por qué ha fracasado el liberalismo?*, Madrid, Rialp, 2018.